

Cromagnón: las lógicas de los cuerpos y los discursos

Mariana Conde

El último 30 de diciembre se produjo un incendio en el *boliche* República Cromagnón, ubicado en el barrio del Once de la Ciudad de Buenos Aires. Provocado por una bengala presuntamente sostenida por un niño, mientras tocaba el grupo Callejeros, el fuego se propagó rápidamente al incendiarse el techo. Y el resultado fue devastador: 193 muertos, cientos de heridos, lesiones físicas y traumas psicológicos.

Entre los muertos figuran una bebé de diez meses, dos nenas de 4 años y nueve niños de entre 6 y 12 años de edad, mientras que el 27,56% del total fueron adolescentes en la franja de los 13 a los 18 años, y el 44,86% en la de los 19 a 25 (Clarín, 5/1/05).

Casi inmediatamente, el boliche se convirtió en lugar de peregrinación y santuario. Efectivamente, el primero de enero se fue poblando de velas, flores y mensajes para las víctimas. Y se convirtió en espacio de plegarias, incluso con la misa que ofició el obispo auxiliar de Buenos Aires, monseñor Eduardo García. De allí mismo partió también la primera de las muchas marchas que familiares, amigos y vecinos realizarían en homenaje, al principio, y en pedido de justicia, luego.

'Lo pibe del rock'

El acontecimiento de Cromagnón se me asemeja un poliedro, porque tiene muchas caras (muchas más aristas, también) y porque en cada una funciona una lógica particular y particularmente significativa. Cromagnón tiene un costado político, otro económico, uno tercero social y además un costado cultural, que es el que aquí me interesa, aunque, como es ya obvio, lo cultural no se despega de lo político, lo económico y lo social sino que lo hace existir de otro modo.

Desde el punto de vista cultural, Cromagnón y Callejeros (que a esta altura se vuelven indisociables) muestran la importancia que el rock tiene entre los públicos juveniles. Varias hipótesis de trabajo apuntan a verificar cómo, y en qué medida, el consumo del rock entre los adolescentes y jóvenes supone hoy una forma privilegiada de constitución de identidades en su variante socio-estética (Mafesolli,

1990). En este sentido hablarían los datos arriba señalados, admitiendo que estos son estadísticamente representativos del público de la banda.

Pero no hace falta esta maniobra imaginativa: si se realiza trabajo de campo en los recitales, sean de un grupo, o sean de varios (en la modalidad festival que impera últimamente), se verifica fácilmente que los concurrentes son de entre 12 y 30 años, con preponderancia de ciertas franjas etarias según la banda de que se trate.

Lo que parece ser relevante del acontecimiento Cromagnón es que se vuelve un hito en la serie que construye los héroes y mártires de una generación. Si esta generación tenía sus ídolos (panteón que parece encabezar el Indio Solari), sus himnos ("Ji, ji, ji" de los Redondos, sin ir más lejos), sus íconos (la lengua *stone*, por ejemplo), sus formas de iniciación (el pre-recital de los amigos), sus modas (los *rolingas* son un tipo bien definido), y sus territorios de pertenencia (indicados por las banderas que se llevan, especialmente desde el Gran Buenos Aires), este incendio le dejó actos de arrojo, unos verdaderos actos de arrojo que significaron jugarse, y a veces perder, la propia vida, y muertos a los cuales recordar y venerar.

Se trata de una generación que tiene edad pero no clase social. Porque los consumidores del rock parecerían pertenecer a todas las franjas que pueden ubicarse sobre un eje de estratificación. En este sentido: esos consumidores eligen rock y no cumbia por lo que *significa* consumir aquel género en términos simbólicos. La distinción aparece por el consumo. Y el consumo es una forma de la práctica (de Certeau, 1996).

Discursos y cuerpos

Según fuentes periodísticas, hubo factores concurrentes en la ocurrencia de esta tragedia: además de los materiales inflamables (especialmente una media sombra que oficiaba de cerramiento en el techo del local); los dispositivos contra incendios, mangueras y matafuegos, eran inservibles (el certificado de bomberos se hallaba vencido); las salidas de emergencias estaban cerradas o clausuradas, y el público presente superaba en tres veces la capacidad del local (Clarín, 5/1/05).

¿Qué cambió con la tragedia de Cromagnón? Además del sistema y de las pautas de inspección tanto en la Ciudad como en el Gran Buenos Aires (y en muchos municipios del interior), en partidos como el de Almirante Brown se empezaron a dar charlas de prevención. Asimismo se organizaron visitas guiadas a los boliches, tanto para papás como para chicos (Clarín, 12-2-05) y, en el marco

porteño, un juez ordenó crear un registro de denuncias de los vecinos sobre locales que organizaran bailes sin la habilitación correspondiente (Clarín, 18-3-05).

Además, la Secretaría de Educación de la Ciudad creó el Programa de Atención Integral a las Víctimas del 30 de diciembre, que, entre otras medidas, debe facilitar la continuación de la escolaridad (otro índice del corte etario de los afectados). Asimismo, las escuelas organizan (u organizaron) debates sobre el tema, actividades de expresión artística de recordatorio a las víctimas y charlas con especialistas no sólo de los chicos sino también de padres, profesores y centros de estudiantes (Clarín, 10-3-05).

Es dable constatar que el modo en que reaccionó la sociedad argentina al acontecimiento de Cromagnón fue, entonces, la producción de discursos. Discursos en todas sus variantes: desde los menos formalizables orales hasta los más codificados. De los científicos a los jurídicos. Desde los más privados (la convocatoria de las instituciones *psi* de la Ciudad de Buenos Aires señala la magnitud del operativo discursivo) a los más públicos (la interpelación al Jefe de Gobierno Ibarra es de este tenor). Discursos de los padres de los muertos, de los sobrevivientes; discursos preventivos, pedagógicos... Discursos, discursos y más discursos. Discursos que *hablan a* una generación (si se me admite la hipótesis etaria), la hablan y la invisten. O intentan hacerlo...

Otra lógica

¿Hay lógicas propias del cuerpo? Y esas lógicas ¿son anteriores a los discursos o concomitantes a ellos? ¿O, directamente, el cuerpo sólo existe para el hombre a condición de ser dado (como existente) por los discursos y las representaciones?

Estas preguntas atraviesan el desarrollo de la teoría social hace mucho tiempo. Y las respuestas que se brindaron y brindan aún hoy son múltiples y disímiles unas con otras. No voy a adelantar hipótesis sobre el carácter pre-discursivo del cuerpo o el privilegio del discurso. Pero estoy pensando con estas preocupaciones.

Lo que me interesa particularmente son dos datos que ya expuse. El primero: que entre adolescentes y jóvenes una de las formas privilegiadas de constitución de identidades son los consumos, a su vez una forma de la práctica. Consumir es practicar, en el sentido de realizar una actividad socialmente significativa. Y ese consumo conlleva una respuesta (¿parcial, inestable, momentánea?) a la pregunta acerca de quién se es (tanto individual como socialmente).

El segundo dato no apunta a los individuos sino a la sociedad: la sociedad, como una de las formas de constituir su orden, produce discursos (al igual que instituciones, por ejemplo). Y esos discursos son variados en su tipo: jurídicos, médicos, científicos, pedagógicos, periodísticos, etc.

Ante esos datos, una pregunta obligada: qué pasa con un hecho como Cromagnón, en donde lo que se ve afectado culturalmente (entre muchas otras afecciones de todo tipo) es la posibilidad de practicar. Y en donde lo que resulta son cuerpos, pero cuerpos muertos, (que finalmente dejan de existir).

¿Qué pasa, entonces con esos jóvenes y adolescentes que son sus practicantes? Porque el rock, entre otras cosas, implica *performance* arriba pero también abajo del escenario: ¿no es eso acaso el pogo? Una *performance* que supone el 'aguante', término (nativo) que designa un uso popular del cuerpo (Alabarces, 2004).

¿Qué posibilidades tienen de paliar la desdichas del cuerpo los discursos que produjo la sociedad al momento del incendio? Porque esas posibilidades parecen considerarse socialmente necesarias: es el caso de los discursos acerca de la fiscalización civil de las medidas de seguridad.

Si los cuerpos y los discursos se hacen uno (para resolver sin discutir esa vieja polémica de las ciencias sociales que mencioné), entonces la pregunta es qué grado de interpelación tienen o pueden tener aquellos discursos producidos por la sociedad al momento del evento.

Este oficio es el de preguntar, más que responder. Abrir más que cerrar. Entre otras cosas porque las respuestas las da la historia mientras se hace a sí misma, los hombres mientras viven, como dice una vieja frase de Thompson. Pero si reconocemos, o creemos reconocer, que la particularidad de esta generación está dada por sus usos del cuerpo (y esto constituiría su secreto), entonces los discursos sociales, mal que nos pese, probablemente puedan hacer bastante poco. Se trata de un cambio en la economía cultural: esto no pasaba a principios de siglo con los discursos escolares, por ejemplo. Se trata también de un cambio generacional. La pregunta es si la sociedad y su capacidad de producción simbólica cambió a la par. Y puede brindar respuestas que sean eso: respuestas.

Bibliografía

Alabarces, P (2004): "Cultura popular, "aguante" y política: prácticas y representaciones de las clases populares urbanas", mimeo, Buenos Aires

de Certeau, M. (1996): *Invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Universidad Iberoamericana, México.

Maffesoli, M. (1990): *El tiempo de las tribus*, Icaria: Barcelona.